RESEÑA

Armando Savignano y su libro: María Zambrano: La razón poética

Luis Miguel Pino Campos

El libro de Armando Savignano es la traducción del estudio que en lengua italiana publicara en 2004. Para quien no conozca al autor, valga decir que ha publicado ensayos sobre Ortega, Unamuno, Zubiri, Zambrano, Laín, Cervantes y *Don Quijote*; ha traducido obras de Ortega (*Origine e epilogo della filosofia*), de Zubiri (*L'uomo e Dio*), Laín (*Il medico e il malato*) y la de Apel - Dussel, *Etica della comunicazione ed etica della liberazione* (Nápoles 1999). En la actualidad elabora un *Panorama della filosofia spagnola del Novecento*, del que ya se ha publicado el volumen primero y se traduce para su publicación en la editorial Comares.

En cuanto al libro que hoy presentamos, *María Zambrano: la razón poética*, ofrece un recorrido por la obra filosófica de la autora malagueña al mismo tiempo que por su biografía. En su conjunto, el libro es una síntesis del origen, formación, desarrollo y consolidación del lema zambraniano «razón poética», un análisis de sus propuestas de interpretación filosófica de la vida y del hombre.

Sus seis capítulos corresponden a las fases en las que divide su desarrollo filosófico. Esos capítulos estudian respectivamente: a) la formación inicial y sus grandes maestros (Unamuno, Ortega, Machado y Zubiri); b) primeros escritos y compromiso político (escritos periodísticos juveniles de 1928-1930, *Horizonte del liberalismo*, «La vida en crisis», *La agonía de Europa* y «Hacia un saber sobre el alma»); c) exilio y visión de lo español; dar la espalda a la historia, apelar al sueño y acudir a la piedad entendida como el saber tratar con el otro; d) el *páthos* y la tragedia: delimitación de la razón poética (*Filosofía y Poesía*; «Séneca y el estoicismo español»; «Delirio de Antígona»; «La ambigüedad de Don Quijote»; las novelas de Galdós); e) el trío mito, filosofía y religión (*El hombre y lo divino*, *El sueño creador* y otras refexiones sobre los sueños); y f) los poéticos senderos místicos (*Claros del bosque*). Los seis capítulos se pueden agrupar en dos grandes períodos de su biografía: antes y después del exilio (1939).

El objetivo del libro es exponer el análisis histórico-crítico de su contribución intelectual que denomina «una filosofía en tiempos de crisis». La síntesis precisa del pen-

samiento y de la obra de María Zambrano ha quedado esbozada perfectamente en el primer capítulo, «De la razón poética a la mística» (pp. 1-37), en el que se traza ese «itinerario existencial» y se seleccionan las ideas claves que los especialistas en su obra han ido exponiendo. Desde el análisis de su inacabada obra realizado por Alain Guy (1956) a las aportaciones de Abellán (1966, 1998 ampliado), Aranguren (1966, 1982r), Quintás (1970), Fraile (1972), Ortega Muñoz (1992 = 1994), Moreno Sanz (1983, 1993), A. Marí (1987), Chantal Maillard (1992), Revilla (1998) o Bundgaard (2000), entre otros, se destacan sus aportaciones al pensamiento filosófico del siglo XX y lleva al autor a afirmar que «estamos ante una primera etapa (hasta el exilio) marcada por las instancias ético-políticas y por la razón poética *in nuce*, la cual emerge en toda su originalidad en la segunda fase caracterizada por una filosofía poética. La razón poética zambraniana constituye una actividad fenomenológica en el sentido estricto de *Sein und Zeit*». A ello añadirá que la *razón poética* no describe una forma señalada, sino que desvela la acción misma en la que *tienen lugar* las formas íntimas de la vida humana, donde las cosas no son meras circunstancias (Ortega), sino «cristalizaciones de una situación». La actitud de Zambrano se resume en que no es irracionalista sino una *visión unitaria* donde se funden los extremos del conciencialismo y del existencialismo, sin caer en el *raptus* poético ni en el delirio divino.

Las influencias recibidas de Unamuno, Ortega, Zubiri y Machado son esbozadas en varios apartados. La del primero se sintetiza en una religión poética donde el agonismo entre esperanza y desesperación derivará en una «religión del corazón», de manera que «también el pensamiento es izado en dicho sentir originario, porque todo aquello que puede ser objeto de conocimiento, lo que puede ser pensado, o sometido a experiencia, todo lo que puede ser querido o calculado, es sentido previamente de alguna manera; hasta el mismo ser que, si solamente se le entendiera o percibiese, dejaría de ser referido a su propio centro, a la persona». Unamuno se refiere al hombre integral de carne y hueso, por cuanto que no se da «un conocimiento puro sin sentimiento», hasta el punto de que «nuestro modo de comprender más o menos el mundo y la vida surge de nuestro sentimiento de la vida misma». Para Zambrano la filosofía y la pregunta por el ser manan de la respuesta al sentir originario de la vida. La escritora seguirá las huellas de Unamuno en la idea de que la filosofía española estaba difundida y licuada en la literatura, en nuestra vida, en la acción, en nuestra mística sobre todo, y no en sistemas filosóficos: (la filosofía es filología dijo Unamuno). Zambrano proseguirá el camino nuevo, poético, en busca de símbolos y mitos constitutivos de la interpretación del mundo vital e histórico de cada pueblo para llegar a una reforma de la filosofía que supere el racionalismo radical. Será la razón

poética la que aspire a dar cuenta de la vida y lo expresa con las siguientes palabras: «La vida jamás podría conocerse en su totalidad, porque no es copia de ninguna estructura inteligible; es única, oscura e irracional en sus raíces. María Zambrano rebate a Unamuno en algunos extremos, por ejemplo, cuando el escritor vasco habla de identidad entre fe y querer, pues ello comportaría negar la fe absorbiéndola dentro de la voluntad, porque la voluntad quiere, pero no inventa lo que quiere. De ahí que urgiera una razón más amplia sobre la base de una voluntad más dócil y disponible a abandonarse a la unidad originaria del ser. Ortega es presentado como el filósofo que aspiraba a «que la razón se entendiera a sí misma para poder entender la vida... ». Es cierto que ese magisterio ha existido y ha sido reconocido por ella misma, mas también es cierto que Zambrano se distancia de Ortega en temas tales como el alma. Del magisterio de Antonio Machado, amigo de Blas Zambrano -padre de María-, aprenderá su metafísica de poeta, como bien ha estudiado recientemente Agustín Andreu en *El cristianismo metafísico de Antonio Machado* (2004). Una diferente concepción del conocimiento los mantendrá separados. El caso de Zubiri es también importante desde la perspectiva de la inteligencia (o razón sentiente) y de la religación, pues Zambrano las reconducirá hacia un sentir iluminante en *Claros del bosque* y hacia el ámbito de lo sagrado en *El hombre y lo divino*.

El capítulo titulado «Los escritos juveniles y el compromiso ético-político» (pp. 39-64), sintetiza la primera etapa de los escritos de Zambrano. Savignano resalta el contraste de la entonces joven María Zambrano, pues, aunque no quería ser una mujer política, la realidad demostró que lo fue con un compromiso muy profundo. Su libro de 1930, *Horizonte del liberalismo*, es una apuesta por un nuevo liberalismo que evite las anomalías que el liberalismo reinante ocasionaba: había que repensar las instancias de libertad en un horizonte más amplio para conjugarlas con la justicia social. La escritora malagueña va a ir transformando la Razón histórica en Razón poética al tener que hacer un análisis antropológico y ontológico del hombre. Savignano concluye diciendo: «Zambrano... opta por el liberalismo, mientras considera el comunismo como un movimiento que en última instancia es conservador.

Con la Segunda Guerra Mundial se abría aún más la herida de la Guerra Civil y el exilio. Publicará en forma de libro sus ensayos reunidos bajo el título *La agonía de Europa*, que significan la crisis de supervivencia de una Europa en guerra y destructora. A pesar de ello Zambrano entenderá que de esta crisis podría surgir un camino de esperanza que se vería confirmado no tanto con la paz de 1945, sino con la caída del muro de Berlín en 1989. La esperanza es para Zambrano sustancia última de nuestra vida, su último sueño, «hambre por nacer del todo». Esta esperanza de Zambrano adquiere características sagradas, míticas y religiosas, y sobre esta es-

condida fuerza religiosa surge la filosofía. Así resulta que la esperanza se fundamenta en algo irracional, en el elemento negativo que opone resistencia, y no en las orteguianas creencias e ideas que sostienen nuestra vida. Como Unamuno diría, tener esperanza equivale a luchar contra la nada para «nacer continuamente». El capítulo se cierra volviendo a las razones del corazón, pues analiza el conocido texto de 1934 titulado «Hacia un saber sobre el alma». La revelación de la razón como guía y camino de vida movía a advertir la necesidad de un saber del alma, haciéndose eco de ideas de Scheler, Spinoza o Nietzsche. Indagar sobre las razones del corazón constituye la prerrogativa del pensamiento poético de Zambrano.

El capítulo tercero está dedicado al exilio, hecho que no fue sólo un acontecimiento dramático que marcaría su vida, sino que se elevó a categoría cultural y metafísica. A partir del exilio, Zambrano toma mayor conciencia de la dimensión temporal como sustancia de nuestra vida, y del hombre como un peregrino que vive muriendo. El exilio provoca una reflexión sobre la identidad española y la encuentra precisamente en su ausencia: «La guerra civil y la consiguiente laceración le devolvió la patria precisamente cuando la había perdido» dice Savignano (p. 57). Se aborda también la relación entre Filosofía y Poesía considerada por Zambrano una necesidad, pues razón y pasión han de caminar hermanadas por medio de la Razón Poética. Tendrá importancia en este hermanamiento la influencia del cristianismo y la visión platónica del amor (*Banquete* de Platón y figura de Diotima de Mantinea).

Savignano analiza el ejemplo que el filósofo Séneca representaba en la crisis bélica española: resignación o suicidio. Alude a Ganivet (Séneca es español por esencia) y a Unamuno (la fe sin esperanza de *San Manuel Bueno*). Con los escritos sobre Antígona quería poner de relieve que vida y muerte debían estar unidas en su trascenderse y que la heroína tebana se convertía en paradigma del exiliado, quien sólo en el sufrimiento y en la muerte llegaba a conocer la verdad de la existencia. Antígona y Zambrano se mezclan en una figura de conciencia auroral a la que llegan tras una conquista paciente de los bienaventurados, seres que renuncian voluntariamente al poder, al *lógos* de la razón histórica y al progreso, y avanzan en el espacio desértico del exilio metafísico que es la vida con el único anhelo de alcanzar una visión divina.

Y así prosigue este libro, denso en ideas y perfecto en la síntesis de la filosofía de María Zambrano. Ideas sobre el Quijote y su ambigüedad, Galdós y sus novelas, los conceptos de mito, filosofía y religión, lo sagrado y lo divino, los sueños y el tiempo, la experiencia mística, etc., encuentran en el libro del profesor Savignano una explicación sinóptica del pensamiento de María Zambrano, amena para quien la conoce y cautivadora para quien aspira a conocerla.